



RINCÓN DE ESPIRITUALIDAD



« Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas »

El hombre ha renunciado a la búsqueda de una luz grande, de una verdad grande, y se ha contentado con pequeñas luces que alumbran el instante fugaz, pero que son incapaces de abrir el camino. Cuando falta la luz, todo se vuelve confuso, es imposible distinguir el bien del mal, la senda que lleva a la meta, de aquella otra que nos hace dar vueltas y vueltas, sin una dirección fija.

Es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar *toda* la existencia del hombre. La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro.

El Señor, antes de su pasión, dijo a Pedro: « He pedido por ti, para que tu fe no se apague » (Lc 22,32). Y luego le pidió que confirmase a sus hermanos en esa misma fe. La convicción de una fe que hace grande y plena la vida, centrada en Cristo y en la fuerza de su gracia, animaba la misión de los primeros cristianos

En la fe, don de Dios, reconocemos que se nos ha dado un gran Amor, que se nos ha dirigido una Palabra buena, y que, si acogemos esta Palabra, que es Jesucristo, Palabra encarnada, el Espíritu Santo nos transforma, ilumina nuestro camino hacia el futuro, y da alas a nuestra esperanza para recorrerlo con alegría. Fe, esperanza y caridad, en admirable fusión, constituyen el dinamismo de la existencia cristiana hacia la comunión plena con Dios.

Extracto de la Carta Encíclica del Papa Francisco "Lumen Fidei"

Acabamos de clausurar el año de la fe. Una buena manera de comenzar el nuevo año podría ser la relectura completa de la "Lumen fidei". Conviene afianzarla en la vida de cada día. Los Papas Francisco y Benedicto pretendieron recuperar por medio de ella el carácter luminoso de la fe, capaz de transformar toda la existencia del hombre, ofreciéndole el único horizonte de esperanza que puede dar sentido a su vida: Jesús, epifanía de Dios entre nosotros